

mismo que realiza visiblemente en las almas el director espiritual. Y lo que él no puede hacer, ó descuida en su debilidad, lo hacen los ángeles por orden de Dios en el alma llena de buena voluntad, á fin de que, por causa de la obediencia que ha consagrado á Dios, no sufra detrimento alguno.

La bienaventurada Marina de Escobar tuvo la dicha de dar con un excelente director, el Venerable Luís de la Puente. Sin embargo, además de éste y de su ángel de la guarda, dióle Dios otros diez ángeles para dirigirla. ⁽¹⁾ Entre éstos había uno, el más pequeño en apariencia, pero no el más débil en poder, que no la abandonaba nunca, siendo así que los otros se alejaban de ella de vez en cuando. Había sido encargado éste de conducirla por modo muy particular por el camino de la vida espiritual; y cuando ella le preguntó su nombre, le respondió que era el encargado de conducirla á su Esposo. ⁽²⁾

Tal es la misión de aquél á quien Dios confía el cargo de dirigir las almas; misión de confianza, misión santa. Toda alma en estado de gracia es la prometida del Hijo de Dios; y el director espiritual y el superior están encargados de engalanarla y de hacerla digna de ocupar eternamente un puesto al lado de su Prometido. Y terminada su instrucción, Aquél que lo ama más que á su propia vida, viene á buscarla y la eleva á su trono. ¿No es esta una empresa grandiosa para aquél á quien ha sido confiado este ministerio? ¿No es esto el coronamiento magnífico de su obra?

Que cada director espiritual llene, pues, sus sublimes funciones con este doble pensamiento. Gran consuelo será para él cuando pueda decir: «El esposo es aquél que tiene esposa: pero el amigo del esposo, que está para asistirle y atender á lo que dispone, se llena de gozo con oír la voz del esposo. Mi gozo, pues, es ahora completo». ⁽³⁾

(1) *Vita Marinæ de Escobar*, P. 2, l. 2 (8), 39.

(2) *Ibid.*, P. 1, l. 1, 4, 2, 3; l. 2, 7, 5; l. 4, 4, 5.

(3) Ioan., III, 29.

CONFERENCIA XV

EL ESTADO DE PERFECCIÓN

1. **La vida religiosa es la señal distintiva del verdadero Cristianismo, en cuanto que es ella la vida cristiana mirada con formalidad.**—La noche del último día de una cuaresma que acababa de predicar, tomaba el tren un religioso para volver á su convento.

Sólo ocupaban el departamento un señor y una señora, de lo que se sintió muy dichoso, porque esperaba entregarse al descanso, ya que estaba muy fatigado y debía pasar toda la noche en viaje.

Pero, apenas hubo arrancado el tren, cuando la señora, protestante de la alta Iglesia anglicana, acercósele y le dijo:

—Dispéñeme usted; ¿verdad que es usted un fraile?

—Sí, señora; para servir á usted.

—Pues bien; dispéñeme usted la audacia: ¿cómo es posible que haya todavía Órdenes religiosas? ¿Á que aspiran los religiosos?

Y en sus ojos inquisitoriales brillaba un deseo tan grande de saber, que inmediatamente comprendió el fraile que no estaba en presencia de una curiosa, sino de un alma en la que la vida y la muerte se disputaban la victoria.

De aquí que no vacilase en responder:

—¿Á qué aspiran los religiosos? Señora, aspiran á tomar en serio la fe cristiana y la vida cristiana.

—¡Ah!—exclamó ella.—Esto me agrada. Todavía no he considerado yo la vida religiosa desde este punto de vista. Pero ¿cómo es que la Sagrada Escritura nada dice sobre

esta materia? Bien sé que los conventos son muy antiguos, razón por la cual les he tenido siempre gran veneración, porque estimo mucho á los Santos Padres y tengo muy en cuenta sus recomendaciones. Sin embargo, debo confesar que prefiero lo que encuentro en la Biblia.

El religioso le respondió:

—Señora, el razonamiento de usted es exacto y falso á la vez. No hay que buscar conventos en la Sagrada Escritura, por lo menos en el Nuevo Testamento, pero encontrará usted en ella muchos religiosos. ¿Acaso el Salvador, los Apóstoles y los primeros cristianos no eran todos religiosos, y los más perfectos que jamás se hayan visto? En aquella época, en la que casi todos los cristianos eran perfectos ó querían serlo, ¿había necesidad de conventos? Cuando todos los cristianos toman en serio la fe y la vida cristiana, no hay necesidad alguna de que ciertos individuos se separen de los demás para trabajar en su perfección, puesto que pueden alcanzarla por modo tanto mejor cuanto que más estrechamente ligados están al todo que se propone este fin. Sólo cuando disminuye la seriedad en la mayoría de los miembros de la comunidad, se reúnen para conservar el espíritu religioso los que no quieren perderlo. Así, la vida religiosa, en el sentido propiamente dicho de la palabra, era tan completamente inútil en los primeros tiempos, como necesaria lo fué más tarde. Por consiguiente, si usted sostiene la pregunta que me acaba de dirigir, á saber: «¿Por qué hay todavía Órdenes religiosas?», me parece que la respuesta es ésta: «Porque la religión que Jesucristo y sus Apóstoles predicaron continúa existiendo aún, y porque el verdadero espíritu del Cristianismo no se ha extinguido todavía».

—En verdad—respondió la señora—que tiene usted razón.

Y luego, dando un gran suspiro, continuó así:

—¡Ah, señor mío, si siquiera llegase uno á saber cuál es la verdadera religión! Hace mucho tiempo que me atormenta esta cuestión; y he aquí que todavía oprime con

todo su peso á mi corazón. Sí, el verdadero Cristianismo debe tener religiosos. También nosotros los tenemos, y religiosos son algunos de mis parientes. Son personas excelentes, y andan con sus pies desnudos; pero su número no es considerable, ni parece que haya de aumentar gran cosa. En el Catolicismo hay muchos más. Por todas partes hay conventos. ¡Oh sí! Hace mucho tiempo que creo que los católicos tienen la verdadera religión. Hasta ahora he creído que también nosotros poseíamos una parte de ella, pero ¡si tan sólo pudiera uno tener seguridad sobre este punto!...

2. La única vida verdaderamente evangélica y apostólica.—Pues bien; lo que sabemos sobre este punto basta sin duda alguna. No hay necesidad de sostener, como se ha hecho otras veces, ⁽¹⁾ que existen conventos desde el tiempo de los Apóstoles. Tampoco hay necesidad de compartir la vieja opinión de que su origen se remonta á Elías y á San Juan Bautista. ⁽²⁾ San Jerónimo rechaza ya esta opinión, y dice que es ya una gloria suficiente para ellos haber tenido por padre un santo como Antonio el Grande. ⁽³⁾

Á pesar de esto, no es una exageración el que todos los santos relacionen la vida religiosa con el Evangelio. El cristiano no tiene necesidad de recorrer largo tiempo el mundo y la historia para hallar el timón y la brújula que necesita. Todo lo que su fe le prescribe y todo lo que su Iglesia le muestra, encuéntralo indicado en la doctrina y en la vida del Salvador. ⁽⁴⁾ Igualmente encuentra en ella lo que constituye la vida religiosa. Por eso los Santos Padres no vacilan en llamar á ésta la verdadera vida, la vida evangélica y apostólica. ⁽⁵⁾

«Los que han elegido la vida religiosa—dicen—son los

(1) Cassian., *Inst.*, 2, 5; *Collat.*, 18, 5.

(2) Sozomen., *Histor. eccles.*, 1, 12.

(3) Hieron., *Vita S. Pauli*, Prolog.

(4) Basil., *Ep.* 22, 1.

(5) Basil., *Ep.* 295. Cassian., *Collat.*, 21, 5, 33. Rupert. Tuit., *Vita vere apostol.*, 3, 14.

soldados, las tropas escogidas que Jesucristo opone á sus enemigos». ⁽¹⁾ «Son sus verdaderos discípulos, que cumplen enteramente su ley, y procuran vivir de tal suerte, que habite en medio de ellos como vivió antiguamente en la tierra entre sus Apóstoles». ⁽²⁾ «Su vida no es otra cosa que la imitación de la vida de los Apóstoles ⁽³⁾ y de los primeros cristianos». ⁽⁴⁾

Por consiguiente, la vida religiosa no es una invención humana, sino el cumplimiento fiel de la obligación impuesta por Jesucristo de llegar á la perfección, y un efecto particular de la gracia del Espíritu Santo, sin el cual no hay ni orden religioso, ni vocación religiosa, ni práctica de la vida religiosa.

El Espíritu Santo fué quien condujo al Salvador al desierto para entrar allí en lucha con el enemigo. ⁽⁵⁾ Él es también el que impulsa á los elegidos de Dios á abandonar todo y retirarse á la soledad, á fin de prepararse en ella á la lucha decisiva, cuya recompensa es el cielo. Porque sólo el Espíritu de Dios puede inspirar al alma el desprecio de los honores, de los bienes y alegrías terrenales, así como el deseo de las cosas celestes, el amor al bien y á la libertad de los hijos de Dios, hasta el punto de hacerles quebrantar todas sus cadenas para trabajar únicamente en su perfección. ⁽⁶⁾

3. La vida religiosa es esencial al Cristianismo.—

Pero, si esto es así, evidente es que las ideas en boga relativas á la vida religiosa, ideas que con frecuencia encuentra uno entre los cristianos, y á veces también en el clero, no responden á la exacta verdad.

«En manera alguna dudamos—dicen—que el estado religioso es una parte autorizada del cuerpo viviente de la Iglesia, y aun admitimos que es uno de sus miembros más

(1) Augustin., *C. Faust.*, 5, 9; *Ep.* 220, 12.

(2) Augustin., *In Psalm.*, 132, 9.

(3) Bernard., *Div. serm.*, 22, 2; 27, 3; 37, 7.

(4) Chrysost., *Act. Ap. hom.*, 11, 3. Augustin., *Sermo* 356, 1.

(5) Matth., IV, 1. Luc., IV, 1.

(6) Meschler, *Gabe des heiligen Pfingstfestes*, 358 y sig.

importantes. En sus antiguos días de fuerza produjo tantos bienes en la Iglesia, que sólo desde el punto de vista histórico y desde la gratitud, tiene bien merecido que dé uno pruebas de tolerancia y de respeto á sus raquíticos restos. Pero esto es lo único que podemos admitir. Las Órdenes no son necesarias. Largo tiempo ha existido la Iglesia sin Órdenes, y si hoy quedaran suprimidas todas, continuaría existiendo. Si es injusto que cierto *Kulturkampf* ampute las Órdenes del cuerpo de la Iglesia, y si se le hace con ello una herida muy dolorosa, preciso es, no obstante, admitir que no se le arrebatara una parte vital, y que, sin conventos, puede perfectamente vivir y realizar su misión».

Desde este punto de vista, los hijos del mundo son todavía más prudentes que los hijos de la luz. ⁽¹⁾

Si esto es así, ¿por qué todos los enemigos de la Iglesia dirigen su cólera contra los conventos, ya por medio de la pluma, ya por medio de la palabra, ya con actos de violencia? ¿Será acaso porque son los miembros menos importantes del cuerpo de Jesucristo?

Ó bien, ¿creen esas buenas gentes que Belial comprende tan mal su negocio? El caso sería entonces semejante á aquél en que dos reinos de este mundo, armados el uno contra el otro, y entre los cuales no hay paz, sino todo lo más armisticio que amenaza con romperse á cada instante, se declarasen una guerra á muerte, y enviasen en seguida sus ejércitos á coger moscas en el país enemigo y á saquear nidos.

Pero Satán no es tan estúpido para dejarse adorar como Dios de las moscas y contentarse con semejantes insectos.

Si dirige tan obstinadamente su furor contra un solo punto, y declara que perdonaría á todos los ejércitos y fortalezas, con tal que se aviniesen á entregarle esta plaza, ¿no sería una locura plegarse á sus deseos, creyendo con ello darle algo de poca importancia? Mejor que nadie lo

(1) Luc., XVI, 8.

sabe el que tiene por divisa estas palabras: «Dame las almas, y toma lo demás para ti». ⁽¹⁾

En efecto, las Órdenes son, por lo menos según su naturaleza, la parte principal de la Iglesia; son aquello por lo cual ha comenzado; ⁽²⁾ constituyen su corazón. ⁽³⁾

El que las ataca le arrebatara, no algo accidental, inventado arbitrariamente y superfluo, sino lo que tiene de más esencial, su médula, su flor, su piedra fundamental. ⁽⁴⁾

De aquí que un canonista distinguido, que no era un religioso, llegue hasta decir: «Es falso pretender que sólo el clero secular sea necesario á la Iglesia, y que podría perfectamente prescindir del clero regular. Precisamente lo contrario es lo verdadero, á saber, que el clero secular no es necesario á la Iglesia, y que podría perfectamente existir, aunque no existiese un solo eclesiástico secular en el mundo entero». ⁽⁵⁾ Podría la Iglesia, aunque no lo haga jamás, suprimir el clero secular, y obligar á todos sus miembros á convertirse en religiosos, como de hecho lo hicieron San Eusebio de Verceil y otros obispos. ⁽⁶⁾ Pero el estado religioso es indispensable á la Iglesia como signo y como manifestación de su santidad; nunca dejará de existir en ella. Porque la Iglesia es santa, no sólo porque ha poseído en todo tiempo santos aislados, sino especialmente porque existirá siempre en ella el estado de perfección y la obligación solemne de trabajar en la adquisición de la santidad. Ahora bien, es imposible de conseguir ésta sin Órdenes religiosas. Pero esto no quiere decir que tal Orden particular le sea indispensable. No, lo que le es indispensable es el estado religioso. ⁽⁷⁾

(1) Genes., XIV, 21.

(2) Rupert. Tuit., *Vita vere apostol.*, 4, 6. Bernard., *Apolog. ad Guilelm.*, 10, 24.

(3) (Bernard.) *Ad pastores in synodo*, V, 760, d.

(4) *Ep. Paulæ et Eust. ad Marcell.* (Hieron., *Ep.* 46, 10, Vall.).

(5) Bouix, *De jure regularium*, (2) I, 147 y sig. Cf. Brabandere, *Jus canonic.*, (3) I, 445 y sig. Craisson, *Manuale jur. can.*, (8) n.º 2508 y sig. (II, 423 y sig.). Thomassin, *Vetus et nova Ecclesie disciplina*, I, l. 3, c. 4, 1, 7.

(6) Bouix, *De jure regularium*, (2) I, 176 y sig.

(7) *Ibid.*, I, 177 y sig.

4. Exageraciones peligrosas y falsas apreciaciones respecto de la vida religiosa.—Que nadie se escandalice de esta verdad, pues ni es una enormidad ni una exageración.

Por lo contrario, hay que decir que este campo está lejos de hallarse exento de ellas. Lo sabemos y lo deploramos, pues son cosas que perjudican gravemente al estado religioso. Muchos religiosos hablan de su profesión y de su vida, por no decir de ellos mismos, absolutamente como sabios estoicos, y á veces saben darse una apariencia tal, que se siente uno tentado á tomarlos por la encarnación viviente de sus palabras. Ninguna Orden sirve para aconsejar, ninguna es digna de alabanza, ninguna es segura, sino la suya. Nadie puede acercárseles, sin que intenten insinuarle la obligación de entrar en religión, aunque esto trastorne las conciencias y conduzca á violar compromisos ya contraídos. Oyéndolos hablar, sólo en los conventos se encuentran los únicos sabios, los únicos felices, los únicos perfectos. Pero confesar que también en ellos hay luchas y sufrimientos, tentaciones y faltas, lo considerarían como una traición y una calumnia á su Orden. Parece que tratan de hacer creer al mundo que, detrás de estas murallas, desaparecen todas las inclinaciones y debilidades humanas como detrás de las puertas del paraíso. De otro modo, —piensan— el mundo perdería todo respeto por la vida monástica.

Pero, de hecho, estas insinuaciones perjudican á la estimación que debe tenerse al estado religioso. También el mundo tiene ojos, y, bajo este concepto, tiene aun los ojos de Argos. Muchas personas pueden creer que, detrás de estos muros, todos los sentimientos y todas las necesidades humanas quedan ahogadas y reducidas al silencio. Esto es ya un perjuicio para el estado religioso, porque el mundo huye de él y teme á sus representantes como á seres que se han despojado de la naturaleza humana, y opone á sus exhortaciones el falso pretexto de que hombres que han renegado de todo sentimiento humano, y que se

han convertido en completamente extraños á la tierra, pueden hablar muy bien, pero hablan de cosas que no entienden. Y luego, cuando advierten que la humanidad ejerce también sus derechos sobre ellos, no saben qué decir. Acúsanlos entonces de disimulo y de mentira, se escandalizan de las cosas más insignificantes, lo interpretan todo con desmesurada exageración, y con frecuencia naufragan en la piedad y aun en la fe. Y no es posible censurarlos, porque es la compensación evidente de la falsa opinión que se ha inculcado en ellos, á saber, que debían esperar hallar, y tenían el derecho de exigir aquí, una santidad verdaderamente sobrehumana.

Muy distinta ha sido la manera de obrar de los santos y de los religiosos en las épocas en que su estado era floreciente.

Ya hemos notado esto, y dicho que la franqueza con que los Padres de la vida religiosa y los historiadores de la perfección confesaban públicamente sus defectos, es en nuestra opinión uno de los testimonios más brillantes tanto de su amor á la verdad, como de sus esfuerzos para llegar á la santidad y de la convicción íntima de la sublimidad de su vocación.

San Hugo, Abad de Cluny, tenía costumbre de decir, cuando recaía la conversación sobre esta materia: «La Orden no queda profanada por las faltas de los religiosos, sino que únicamente se la profana ocultándolas y no castigándolas». ⁽¹⁾ Por eso el bienaventurado Guillermo de Hirschau hacía expiar públicamente las faltas públicas de sus monjes, «porque—decía—nada es tan perjudicial al honor de la casa de Dios como la negligencia en castigar las faltas que en ella se cometen» ⁽²⁾ «Nadie tiene necesidad de avergonzarse de las faltas que se cometen en torno de él;—dice en el mismo sentido el bienaventurado Bartolomé Holzhauser—pero lo que sí es una gran vergüenza, y una vergüenza que no es posible soportar, es

(1) Lorain, *Histoire de Cluny* (edic. alem. de Pelargus), 158.

(2) Kerker, *Wilhelm der Selige von Hirschau*, 290.

que no se castiguen las que se cometen, ya porque no quieran reconocerlas como faltas, ya porque se nieguen á confesarlas, ya porque se carezca de la fuerza necesaria para remediarlas». ⁽¹⁾ ¡Qué decir, pues, si se buscara el honor del estado religioso, atenuándolas y excusándolas!

Podría llegarse á ello, si estuviese uno persuadido de que inspira al mundo el respeto por la vida religiosa únicamente haciéndole creer que en ella desaparecen todas las debilidades humanas, que en ella no se siente ninguna necesidad humana, que en ella se halla realizada en la tierra la vida de los santos.

5. El estado de perfección.—Nada de esto. Lo que basta al estado religioso es el tener el honor de ser el estado de perfección.

Pero esto, que es su título de gloria, debe ser bien comprendido, para que no se le atribuya una estimación que no le conviene, y, por el mismo hecho, exigencias que no podría satisfacer.

Sólo hay una perfección cristiana. Sin duda que tiene sus grados, los cuales, como ya hemos dicho, son tres: el de los principiantes, el de los que progresan y el de los perfectos. Pero no hay que comprender esto como si se tratase de tres vías diferentes, ya que son únicamente grados diversos, ó por mejor decir, grados de extensión de una sola y misma perfección, grados que, no estando en manera alguna separados entre sí, aunque distintos, se reconocen de lejos, y con frecuencia se funden en uno, de suerte tal que no es posible confundirlos.

Ahora bien todos los hombres sin excepción están obligados á ser perfectos. Jamás se insistirá suficientemente sobre este punto. Verdad es que nadie está obligado á ser perfecto en el sentido más elevado de la palabra, pero á todos incumbe la obligación ineludible de aspirar por lo menos al grado de perfección que le es posible alcanzar.

Pero, si esto es así, la vida religiosa no puede poseer

(1) Holzhauser, *Apocalyps.* (ed. de 1790, p. 205 y sig.).